PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(1884-1946)

NOTAS DE VIAJE

[A Cuba]

Pedro Enríquez Ureña nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 29 de junio de 1884. Murió en un viaje en tren que lo conducía de Buenos Aires a La Plata el 11 de mayo de 1946. Tuve el honor de ser uno de sus alumnos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en cuyo elenco docente figuraba como «Profesor Extraordinario» de Literatura Iberoamericana. El titular de dicha cátedra era el profesor Arturo Giménez Pastor, quien, por razones de salud, no pudo dictar el curso sobre el Modernismo programado para el año lectivo de 1943. Desde la primera clase sentí que había encontrado a un maestro y que el Modernismo sería para mí campo predilecto de mis futuras investigaciones. Y así ha ocurrido: su labor y su ejemplo han iluminado el camino de mis búsquedas y, sobre todo, mi labor docente en los Estados Unidos de Norteamérica, donde don Pedro fue estudiante, profesor y guía insoslayable¹.

En 1956, a diez años de su muerte, tuve el privilegio de honrar su memoria en un *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, que preparé como director de la *Revista Iberoamericana* (números 41-42), el primero que dirigí de este órgano oficial del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, del cual nuestro maestro fue miembro fundador. En 1968 publiqué en la sección «Documentos» de esta misma revista una selección

¹ Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (México: Editorial Cultura, 1961).

de las cartas de Pedro Henríquez Ureña a Félix Lizaso, ordenadas y prologadas por Carlos Ripoll (núm. 65, abril-mayo 1968), y en el número 94 (enero-marzo de 1976) incluí, bajo el título de «Pedro Henríquez Ureña, Maestro continental», una serie de «Cartas a José María Chacón y Calvo, Francisco José Castellanos y Félix Lizaso», con una introducción de Zenaida Gutiérrez Vega.

A más de treinta años de su desaparición, el nombre y la obra de esta figura señera del humanismo iberoamericano han estado presentes en homenajes, reediciones, estudios y valoración siempre enaltecedora. La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña no sólo adoptó su nombre como máximo tributo nacional del país a su hijo ilustre, sino que está publicando sus «Obras completas» bajo la dirección de Juan Jacobo de Lara, autor de un libro sobre *Pedro Henríquez Ureña. Su vida y su obra* (Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975).

Este año de 1984, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, sus admiradores y discípulos de todo el orbe hispánico se han reunido en actos de recordación, estima y respeto que han de resultar, sin duda, en publicaciones que ayudarán a un mejor conocimiento de la personalidad de este dominicano universal. Deseamos que el fragmento de las «Notas de viaje» que ahora damos a conocer por primera vez sean parte de esa contribución al conocimiento de la obra de Pedro Henríquez Ureña que aún permanece inédita, entre las que obran en mi poder, además de las «Notas de viaje» y un «Diario», sus «Memorias», de las que ya adelanté parte en mi libro citado en la nota 1 y que están en vías de publicación en su texto completo, junto con su «Diario»².

ALFREDO A. ROGGIANO

University of Pittsburgh.

² Que sepamos, P. H. U. hizo tres viajes a Cuba: el primero en 1904-1905; el segundo en 1911, el cual quedó registrado en las «Notas...» que aquí se publican, y el tercero en 1914. Para más detalles sobre estos viajes véase mi libro antes citado (pp. xxxiii y ss.), el prólogo de Carlos Ripoll a las cartas publicadas en el número 65 de la *Revista Iberoamericana* (abril-mayo 1968, pp. 123-126) y la introducción de Zenaida Gutiérrez Vega, antes mencionada.

TEXTO DE LAS NOTAS DE VIAJE

[A Cuba]

Jueves 13 de abril de 1911, a bordo del vapor «Monterrey» en el puerto de Veracruz.

Al fin salí anoche de México, en el proyectado viaje de vacaciones, con licencia de ausentarme por tres meses de mi puesto en la Secretaría de la Universidad Nacional, y quitando la instalación que tenía en la casa de Mme. Moreau, donde, por pereza de mudarme, permanecí tres años y medio. Dejé repartidos mis libros y muebles en las casas de Alfonso Reyes, Antonio Caso y Martín L. Guzmán.

Salí a las 9 de la noche, aunque la hora fijada para la salida del tren era las 8.15: la razón es que hubo que poner varios trenes para Veracruz, y despacharlos con intervalos. Aunque no avisé mi partida, y el día tuve que fijarlo la víspera (pues creí que los vapores salían de Veracruz, todavía, los viernes, siendo así que ya salen los jueves), acudieron a la estación varios amigos: Alfonso, Caso, Martín, Carlos González Peña, Escofet, Isidro Fabela, Diego Rivera, Gonzalo Argüelles Bringas, Julio Torri, Aurelio Collado, José Benítez. En los días últimos, me invitaron a comidas íntimas, de despedida: el sábado Alfonso, Caso y Alfonso Cravioto, en el Restaurant de San Carlos (Iturbide); el domingo, Carlos González Peña, con su familia; el lunes, Luis Urbina (con Alfonso), en el Bazar; el miércoles —ayer—, Chucho Acevedo, con Alfonso también, en el exquisito Café de París. El martes me ocupé en llevar a Alfonso y Acevedo a la casa de Pablo Martínez del Río, hijo del famoso abogado muerto en 1908; educado en Inglaterra, cuya literatura conoce bien, y estudiante de letras clásicas, conocedor del griego y el latín. La casa es una de las más hermosas de México en punto de lujo. Alfonso y Acevedo quedaron contentísimos de Pablito, y se proponen cultivar su amistad.

Al salir de México había luna llena, y duró toda la noche. Los caminos secos, polvorientos, y los campos y montes áridos, a la luz de la luna, daban precisamente la impresión de paisajes lunares. Al llegar a Maltrata, al célebre descenso de dos horas (hacia las tres de la mañana), el paisaje se volvió fantástico. Al terminar el descenso, nos hallamos en la única región fértil del camino: el trecho de Orizaba y Córdoba. En Orizaba aparecieron los plátanos (con exactitud, los «bananos»), y se vieron flores; en Córdoba, donde aumentó la vegetación, especialmente en plátanos y plantas florales, aparecieron las palmas. De Córdoba hasta la costa vuelve a

ponerse árido el terreno: ninguna planta se alza más de dos metros, y muchas son espinosas. Al fin, Veracruz. ¡Thalassa! ¡Thalassa! Pero no vi el mar sino cuando me encaminé al buque. El medio día —mejor diré horas, de las 9 a la 1— que pasé allí lo empleé —asaltado bruscamente por el calor, a todo esto— en sacar el pasaje viendo previamente al médico que da el permiso sanitario, en buscar, inútilmente, a mi amigo el periodista Mugica, y en otras diligencias pequeñas. No pude ver a nadie de los conocidos de aquí; sólo vi a algunos capitaleños que vinieron de paseo, aprovechando la Semana Santa, y a otros, como Ramón Prida, Julián Morineau y José María Lozano, que habían venido a despedir a Corral para Europa.

Veracruz, a pesar del asfalto y de los tranvías eléctricos, conserva su desagradable aspecto de ciudad provisional, donde no se vive, sino que se «pasa». No parece un gran balneario como a veces la Habana, sino una estación entre el barco y el ferrocarril. La gente anda vestida de dril blanco (y eso la decente), si es que va completamente vestida, porque muchos (y mientras trabajan, creo que todos) se quitan el cuello o el saco. Y eso que en realidad el calor es cosa a que ya deberían estar acostumbrados: a mí, que desciendo desde el valle del clima perfecto, no me pareció excesivo.

Domingo 16 de abril.

Llevamos ya tres días de viaje. La travesía, en estos vapores de la línea Ward, es lentísima, especialmente por la parada de los buques en Progreso. El tiempo ha sido excelente. Pero a bordo no había nada que mitigara la monotonía del viaje. Me leí *La gloria de Don Ramiro*, de Larreta (excelente), los cuentos y artículos de Lafcadio Hearn en *The romance of the Milky Way*, y al fin me eché a leer Racine y Molière en el tomo atestado de poetas franceses (1.500 páginas de letra apretadísima) que obtuve por Oscar Menéndez y que perteneció a García Icazbalceta.

Las gentes que van a bordo son cubanos, españoles, alemanes y yankees. Creo hay uno que otro inglés y algún mexicano. Los «latinos» hablan mucho de todo, se quejan, habla al tú por tú con los criados, y resultan, al cabo, verdaderamente groseros. La servidumbre y los empleados son, a su vez, irrespetuosos, aunque no mal intencionados; pero, como observa uno de los cubanos más serios entre los que van a bordo, «la causa de que los 'sajones' no nos respeten es que los 'latinos' no nos sabemos dar a respetar». Y lo demuestra con lo que se ve aquí mismo.

Entre los «sajones» hay una señora Buckner, yankee, con su hija, jovencita que parece más bien cubana que otra cosa. La señora, aunque es de Michigan, pronuncia el inglés con exquisito acento de Nueva Inglaterra; me dice que ha visitado dos veces México y que va a radicar en Buenos Aires. Es adepta de la «Christian Science».

El mar, tranquilo, no ha ofrecido muchos cambios. El primer día era azul profundo; en Progreso, verde claro y sucio; hoy, ya en el Atlántico, azul oscuro otra vez, y plomo bajo, las nubes. Los crepúsculos no han sido ricos en color; la salida de la luna resulta más pintoresca.

Habana, 17 de abril.

Llegué esta mañana a las nueve. Me esperaba en el muelle Max, con Rogelio Sandrino y Osvaldo Bazil. Nos dirigimos a su casa, Campanario 112, donde vive con un compañero de estudios de derecho, Julio Ortiz Casanova, y un compañero de periodismo, Francisco Javier Sierra, cubanos ambos.

Después fuimos a casa de Fran, en Habana 165. Vive allá con su mujer, María del Valle y de Armas, cuya hermana Raquel, casada también, llegó poco después y comió allí. Una y otra casa son claras, luminosas y ventiladas.

Fran y Max, que resultan cubanos en todo junto a mi mexicanismo (cinco años llevo en México), que a ellos les hace reír, están completamente adaptados aquí, cada uno a su modo. Fran es quien habla más al modo cubano. Max conserva un modo más personal de hablar, y hasta ha hecho alguna escuela entre sus amigos jóvenes.

Esta noche fui a la conferencia de Varona, una de las últimas de la segunda serie organizada por la Sociedad que idearon Jesús Castellanos y Max. El deseo de oír esta conferencia fue una de las causas que me impulsaron a tomar el vapor de la línea Ward, cuando hubiera podido esperar el «Alfonso XIII», que hace el viaje de Veracruz a la Habana no en cinco días, sino en dos o tres, y que, saliendo de Veracruz el domingo, llega aquí mañana en la tarde, o pasado, temprano. Me interesaba el tema: «Mi escepticismo». Es decir, Varona iba a hablar de sí mismo, cosa que en América no se sabe hacer, pero que yo esperaba que él hiciera magistralmente.

En realidad no habló de sí propio ni de su escepticismo, sino de su fe en la acción. ¡El, que a pesar de que siempre ha trabajado como quien tuviera fe, pone como lema alrededor de su monograma: *In rena fondo e scrivo in vento!* No quiso hablar, sin embargo, ni de sí mismo, ni del escepticismo filosófico. Dio cuenta de la razón de su tema (una conversación con los organizadores de las conferencias), y en seguida lo esquivó: señaló la importancia de los análisis de la duda en la filosofía moderna, y la distinción, que siempre saben hacer agudamente los escépticos, de la razón y el sentimiento; dijo que el hombre no es uno sino en cuanto que es «individuo» (única unidad que existe entre los caracteres humanos, sustancialmente); que en realidad es «múltiple»; y que a la postre es prin-

cialmente sentimiento. De ahí que, cualesquiera que fuesen las vacilaciones del escepticismo intelectual, en la práctica las necesidades obligaban siempre a alguna resolución. El espíritu perplejo ante las antinomias se refugia en los postulados de la razón práctica. «La acción es la salvadora». Puso ejemplos cubanos, y acabó confiando en la salvación de Cuba por la «acción» de sus hijos.

Varona estaba algo afónico. Además, los tranvías pasan junto al Ateneo con gran ruido y las ventanas están abiertas. Pero al fin se pudo oír, y la gente gustó mucho de la conferencia.

Vi a algunos conocidos: a Jesús Castellanos, a Juan Guerra Núñez, a Ramón Catalá. Estuvo Fran con María. Había muchas mujeres, y, según dicen, muchos políticos, especialmente del partido «Conservador» que preside Varona. En la presidencia del Ateneo estaba el Ministro de Instrucción Pública, Mario García Kohly, con Eliseo Giberga y Evelio Rodríguez Lendián.

Al salir recorrimos varios teatros (Max introduce a ellos cuantas gentes quiere), acompañados por Guerra Núñez y otros amigos de Max, no intelectuales.

18 de abril.

Esta tarde fui con Max a la Universidad, para oír, en la facultad de Derecho, la clase del Dr. Pablo Desvernine Galdós. Nunca había visitado yo la Universidad, durante mi anterior permanencia en la Habana. Está en una pequeña colina, desde donde se divisan el mar y la ciudad. La vista es espléndida: la ciudad, multicolor (aún no la había visto yo, en esta visita, panorámicamente, como me apareció cuando llegué de Nueva York: ahora me levanté tarde el día de la llegada, y el vapor estaba entrando ya en la bahía); el mar, de un azul del mar de Bretaña que pinta Benedito en el cuadro de «Las Bretonas». El aire sopla con fuerza (como siempre aquí en la Habana: el viento es el remedio que alivia constantemente del calor; en cambio, las puertas y ventanas de las casas son un problema constante, pues hay que sujetarlas para que no choquen con las paredes).

La Universidad tiene muchos alumnos: todos visten igual, con trajes claros y flojos, con sombreros de paja del tipo aeroplano; todos o casi todos, afeitados. Es notable la uniformidad del tipo cubano: diríase que la constante comunicación social de las gentes, en salones, casinos, cafés, teatros, paseos, produce una unificación que ha llegado a dar su sello al aspecto físico de los hombres. El rasgo fisonómico principal, en los jóvenes, es la nariz recta; la boca varía más, pero nunca es demasiado ancha; las cejas son pobladas, y la mirada viva.

La superioridad del tipo femenino cubano sobre otros (el mexicano especialmente) es indiscutible. Las mujeres responden generalmente a un tipo que consiste en nariz recta, ojos de mirada viva, boca bien manejada y barba fina.

Lo único que no me ha gustado esta vez es el hablar cubano, no por la entonación, sino por la supresión de letras.

La clase de Desvernine versó sobre el derecho de acrecer (cuestión de sucesiones, en Derecho Civil). Explica Desvernine con mucha claridad, sobre el solo texto del Código, poniendo ejemplos (que en ocasiones son, según se dice, brillantes o festivos): con mucha claridad, que de hecho, me resultó demasiada. Se ve que no confía mucho en la mentalidad de los alumnos. Habló él solo toda la hora.

A las cuatro y media de la tarde vino, a la casa de Max, Eusebio Adolfo Hernández, hijo del Dr. Eusebio Hernández, candidato a la presidencia de la República Cubana. Le dejé, al irme a México, adolescente apenas. Ahora tiene veinte años, y se dice que es el muchacho que estudia más filosofía. No conoce, sin embargo, sino el positivismo. Se ve que piensa mucho en las cuestiones filosóficas, y que las entiende; aunque tiene la mala costumbre de aplicar las ideas filosóficas a muchas cosas comunes de que habla, y en las que no son necesarias. Le hablé de Boutroux, a propósito del concepto de Ley, que dijo ser asunto para él muy interesante, y declaró que compraría *De la contingence des lois de la nature*: quiere no caer, por el determinismo, en la consecuencia lógica de éste: el fatalismo moral.

De aquí fuimos a la casa de unos jóvenes Rodríguez Correa, Emilio y Enrique, primos de Julio Ortiz, que nos ofrecieron té. Uno de ellos me habló mucho de *Horas de estudio*. Dicen que es lector asiduo. El otro está aprendiendo a cantar.

A eso de las once de la noche se aparecieron a visita Pepe López Golderás y José Vidal Bosque. El primero ha mejorado algo en su terrible físico: se ha puesto dientes postizos. Habló poco. El otro habló menos, y sólo dijo tonterías sentenciosas. No sé cómo ha «subido». Es secretario particular del Ministro de Obras Públicas, Joaquín Chalons.

19 de abril.

En la mañana volvimos a la Universidad, a oír la clase de Derecho penal que da González Lanuza. Habló él solo, como ayer Desvernine: sus temas fueron las diferencias entre contravención y delito, entre tentativa y delito frustrado, los casos en que es punible la tentativa, y el duelo como delito. Es de una vastísima erudición, en derecho clásico y en teorías positivistas, en legislaciones y aun jurisprudencias extranjeras a la vez que

cubanas. Habla con mucha claridad, pero no con demasiada minuciosidad: sintetiza con habilidad. Su método es el de disociación de ideas, lo cual sirve maravillosamente para aclarar; pero su criterio penalógico parece ser un «racionalismo» que atiende al fenómeno de derecho penal como algo en sí: quizás es más amigo de considerar lo objetivo que lo subjetivo, aunque habla bastante de este último aspecto.

En las clases, ayer y hoy, encontré a Rosa Anders Causse, a quien hice los versos de «Todo lo que pasa es bello». Tendrá apenas veinticinco años, pero ha enflaquecido, tiene manchas en la cara, usa lentes, y el brillo del pelo rubio se ha opacado.

A medio día comió con nosotros Bernardo G. Barros, literato nuevo, tipo de habanero superficial, según lo han definido aquí mismo.

A las cinco fui a la redacción de *El Fígaro*, donde hablé con Catalá —muy amable—, un poco con Uhrbach y Néstor Carbonell, y más largo con Jesús Castellanos. Hablamos mucho de México: Castellanos estuvo allí cuando la última guerra de independencia de Cuba, cuando él tenía de quince a dieciocho años. Vi a Carricarte, a quien saludé de paso sin detenerme a darle la mano. Después fui a cenar a casa de Fran, donde estuve hasta las once.

Martes 25 de abril.

No han sido de mucha actividad para mí estos días. No he tenido con quien conversar mucho, parte porque aquí no abundan quienes puedan sostener conversaciones serias, parte porque todo el mundo está muy ocupado. La Habana no ha cambiado en nada sustancial: acaso, no ha sucedido otra cosa (durante mi ausencia de cinco años), sino que se agravan sus defectos. El mismo tono de escepticismo y ligereza preside a todas las conversaciones; el extravío del sentido moral en orden a todas las relaciones sociales (familia, amistades, instituciones, nación) —que en México sólo se ha producido en el orden político, por el largo despotismo de Díaz—, continúa extendiéndose: ya los jóvenes hablan francamente, por ejemplo, de que quieren conquistar una heredera rica. Y la prueba de que no lo dicen por entretenimiento es que lo hacen. Esto sin contar que, en el lenguaje usual entre jóvenes, es obligado decir mal de las reputaciones de mujer, sea cierto o no lo que se diga: de mujer no puede hablarse, aquí, sin obscenidad. Es cierto que la conversación corre siempre por las vías del humorismo, pero el humorismo demasiado fácil es fatigoso, porque, claro está, en estas conversaciones no abunda el verdadero ingenio.

La política se toma tan poco en serio (salvo para las conveniencias personales) como la reputación de las mujeres. No hay una seria preocupación por los problemas del país. Diríase que la vida, en la Habana, se

ofrece tan fácil y llena de placeres, que nadie puede pensar en problemas que no ve de cerca.

Intelectualmente, el principal móvil es la vanidad, y el medio único la publicidad. La mayoría de los «intelectuales» no trabaja sino en lo que va a mostrar inmediatamente al público. Así ha surgido una juventud sin educación, superficial y vanidosa, que llena los periódicos y las tribunas de vaciedades insonoras, porque ya no se sabe escribir ni hablar. Me dice Jesús Castellanos (única personalidad nueva en Cuba desde 1900 para acá) que los jóvenes han sido, todos, fracasos en la «Sociedad de Conferencias».

Brandes exclamó una vez, al observar en la Francia de Napoleón III la carencia de altos entusiasmos y el predominio del escepticismo elegante: «¡Antes había otra Francia!», o mejor quizás: «¡En otro tiempo existía otra Francia!» (La frase la he leído en inglés en la traducción de *Eminent authors of the nineteenth century* por Rasmus B. Anderson: «There was once another France».) Aquí podría decirse: Ha existido otra Cuba. Otra Cuba mejor, que yo no he conocido, ciertamente, pero cuya tradición es conocida en toda América: la de Heredia, Domingo del Monte, Saco y Luz Caballero; la que todavía perdura en Varona, en Montero, en González Lanuza, esos hombres a quienes la gente frívola, que en nada cree, tacha de pesimistas y desanimadores. De esa Cuba queda mucho aún, sobre todo en la Universidad, pero ¿cómo es que no influye, lo que queda de la antigua cepa, en lo que ahora surge? La Universidad está llena de profesores eminentes; pero no da alumnos que se distingan. La época, la vida universal de estos momentos, envía a Cuba (como a toda América) aires de superficialidad. Las llamadas «tendencias prácticas» producen en todas partes falta de solidez, apresuramiento, falta de interés por muchas cosas serias. So pretexto de modernidad, se ha roto con la tradición que nos dejaron los españoles; la cual, aunque peca de limitada, tenía seriedad.

Pero esto que observo quizás sólo sea verdad de los jóvenes y en la Habana. El número de hombres de valer, entre los mayores de cuarenta años, con que cuenta Cuba, es todavía suficiente para que el país sostenga su antiguo prestigio, siquiera sea con los mismos hombres ya conocidos hace lustros. En la conversación de los viejos —de los viejos ilustrados, sobre todo— no se traduce la falta de criterio que caracteriza a la actual juventud. Y detrás de toda esta gente que forma la crema y la espuma de la vida cubana, hay sin duda una fuerza oculta, hay un mundo de trabajo y de disciplina económica que sostiene al país. Porque es un hecho que Cuba vive y prospera, a pesar de la mala política, de la inmoralidad habanera, de la ignorancia de los jóvenes que debieran ser cultos y del escepticismo de los viejos que sí lo son pero que no toman empeño por enseñar.

En el aspecto de la Habana no se nota cambio importante: todavía brilla al sol, en amarillo, rojo, azul, blanco y gris. Las mejores perspectivas que de la ciudad he logrado ahora son las que se obtienen desde la colina de la Universidad. El mar varía cada hora, con lujo de matices en color y movimiento. Ayer se veía, junto a la orilla, verde claro, y hacia el horizonte, azul profundo con sombras color violeta.

En edificios, no tiene la Habana cosa de nuevo sino algunos grandes (la Lonja, el Centro de Dependientes, el Diario de la Marina, y siete u ocho más); no hay mejoras arquitectónicas. La arquitectura de las casas de ricos es generalmente francesa de la más ligera, «mièvre»; en el Prado, lo más serio es el Palacete Estévez-Lasa.

He visto, entre mis antiguos conocidos, a Romano Pérez Cabral: se ha abierto camino; se ha hecho dentista, y se está haciendo médico; sigue tan mordaz como antes y más pesimista que yo sobre las cosas de Cuba. Osvaldo Bazil es igualmente pesimista respecto de las cosas de Santo Domingo a la vez que de las de Cuba: lo cual es algo injustificado, pues a él no le ha ido tan mal para sus merecimientos.

En la Universidad he oído dos clases de psicología dadas por Varona. Se ve que es el profesor que se hace menos ilusiones respecto de sus alumnos, y todo lo explica con mucha sencillez. Además pregunta mucho a los alumnos, que repiten bastante bien, pero sin mucha inteligencia, lo que aprenden en el texto —el excelente texto del mismo Varona.

He ido a diversos teatros, pues en todos tiene Max fácil entrada para cuantos quiera llevar. Lo más curioso en estos momentos es la pantomima (por la compañía de Molasso, en el teatro Payret). En el Alhambra y el Molino Rojo se dan zarzuelitas cubanas del género pornográfico. Los teatros están generalmente concurridos.

Anoche oí en el Ateneo la conferencia del Dr. Ezequiel García Enseñat sobre «La casa cubana», con proyecciones. La conferencia fue bastante desordenada; porque el tema era muy amplio y el conferencista se había preparado a hablar más tiempo, pero, cuando ya se acercaba a la casa cubana de hoy, consideró prudente suspender y ofrecer para más tarde la continuación. Además, el Dr. García no siguió otro plan que el cronológico, y se ve que la falta de tiempo no le permitió desarrollar sus explicaciones. De ahí que, como piensa Catalá, la conferencia resultara «poco filosófica», amén de desordenada; pero también hay que tomar en cuenta que los cubanos están muy acostumbrados a oír «hablar bien», con párrafos y períodos rotundos, y una conferencia dada en tono familiar, como la de anoche, les resulta descosida. A mí, fuera de los defectos ya apuntados —que en realidad dejan margen para mucho bueno—, me pareció excelente la conferencia.

Comenzó el Dr. García declarando que el trabajo que él iba a hacer allí se hacía por primera vez: nadie había estudiado antes la casa cubana. Dijo que, en obvio de tiempo, tenía que hacer omisión de los habitantes de la casa cubana, de la vida que en ella se hacía, de la «casa moral», la cual era preciso estudiar también, pues está en relación necesaria con la casa construcción.

Explicó, con datos históricos, por qué no puede decirse que exista hoy en Cuba ninguna casa construida en el siglo XVI: en aquel tiempo se construía generalmente de madera (tabla de palma y techo de guano), poco en piedra, y además las poblaciones sufrían constantemente por los traslados, incendios, terremotos y saqueos. La Real Orden que en 1538 mandó construir en Cuba casas de piedra causó verdadero escándalo, y los vecinos de la Habana «representaron» ante el Rey sobre la imposibilidad de cumplir la orden.

Se cree, sin embargo, que acaso subsiste en la Habana una de las pocas casas de piedra construidas en el siglo XVI: una de las casas de Juan de Rojas, de dos pisos, que parece haberse salvado en el incendio de la Habana (a la que puso fuego un pirata en 1555), según datos de un cronista, y que tal vez es un pequeño edificio que existe junto al que ocupa el periódico *La Discusión*. Después de ese incendio, la Habana fue reconstruida de madera de palma y techos de guano: esta afirmación fue ilustrada por una vista de algún poblado de aspecto indígena. Pero —añadió Ezequiel García— hoy mismo se construyeron en la Habana casas peores, según lo demuestra la vista de una casa cercana a la Universidad, hecha de un material que un conferencista no debe nombrar (hojalata).

La Habana del siglo XVII tuvo ya otro aspecto: la piedra comenzó a sustituir a la madera. De cómo debió de ser la Habana de entonces da idea el Camagüey (Puerto Príncipe). No definió el conferencista el conjunto de la casa, pero fue dando idea de él con las vistas y explicaciones; se detuvo en algunos detalles: escaleras con defensa de enrejado; galería; arcos interiores —generalmente entre la sala y algún otro departamento; las ventanas salientes —verdaderos miradores—; los aleros salientes también (guardapolvos), que son defensa contra el sol en clima tan cálido como el de Cuba, por más que después haya habido empeño en suprimirlos; los patios, con jardines semisalvajes y tinajones para conservar el agua. De la calle se entraba directamente a la sala: la puerta de la calle era grande y fuerte. No había comedor: se comía generalmente en las galerías. Los techos eran principalmente de dos clases (en el interior): de dos alas terminando en punta (en los cuales parecen encontrarse recuerdos de los techos que hacían los mudéjares en España) o techos planos, cuidadosamente trabajados, verdaderos techos de ebanistería («carpintería de lo

blanco», como llamaban en España al trabajo fino, en oposición al trabajo más vulgar, que se llamaba «carpintería de lo prieto»). Todo esto va siendo sustituido por el mal gusto moderno, por la arquitectura de bombón, hasta en las ciudades de provincia.

El conferencista hizo hincapié en el estilo de los arcos, producido en Cuba por la influencia del churrigueresco español. Hizo brevemente historia del paso de lo plateresco al estilo severo de Juan de Herrera y la reacción contra éste, que culminó en lo churrigueresco; declarando, de paso, que el carácter español es plateresco, y por eso se produjo la reacción contra el estilo herreriano. Dio muestra de algunos arcos, de forma fantástica, donde ya se pierde la idea de la función del arco (como la de la función de las columnas en las columnas colgantes): algunos eran esbeltos, otros ya achatados, como si estuvieran ya próximos a caer. Otros tienen cabezas de perro, ángeles y cosas por el estilo.

En el siglo XVIII la casa cubana mejoró algo, con el progreso económico de la isla; pero los caracteres fundamentales de la construcción eran los mismos. Ejemplo: la casa del Marqués de San Felipe y Santiago —verdadero señor feudal—, conocida por grabados y por la descripción de Cirilo Villaverde. A propósito de ésta —en cuya sala se hallaban pintados el Cordero Pascual y los Doce Apóstoles— habló de la piedad en la casa cubana, y dio ejemplos de nichos, hornacinas, cruces y demás.

Habló de la ausencia de zaguán y sus consecuencias (el paso de coches y caballos por la sala, lo cual daba lugar a que hasta allí solieran llegar las gallinas, como en la *Lisístrata* de Aristófanes); de los patios, con galerías alta y baja; de los tejados, sustituidos más tarde por azoteas, cuya ornamentación típica son los jarrones sobre los antepechos; las fachadas de color, con grandes puertas y ventanas. La ventana, dijo, era una institución en Cuba: era el Belvedere de las damas, el locutorio del amor, el «coche parado» desde el cual se gozaba de los incidentes del paseo. Habló de las modas en el estilo de las ventanas y de las modas en la manera de pintar las casas: ejemplo, azul y blanco después de la guerra de los diez años (1868-78).

La antigua casa cubana era sustancialmente un cuadrado con tejado; y el cuadrado presidía a la forma interior. Las generaciones posteriores la han encontrado demasiado amplia y la han reducido: esto, que no es de celebrar, puede sin embargo explicarse por la desaparición de la antigua servidumbre: la familia del Conde de Casa Montalvo tenía en la Habana, en el siglo XVIII, cien criados. De todos modos, la casa cubana antigua era lógica, adecuada a las necesidades del país: cómoda, maciza, amplia, fresca, ostentosa, sin refinamiento, pero hecha para gentes que sabían vivir. Aquí puso punto final. Se le ha instado a que haga la con-

ferencia con que se complete ésta, hablando de la casa actual, dentro de poco.

El domingo estuve en la casa de Eusebio Hernández. Saludé a la familia: el Doctor y su esposa, Angeles Mesa, conservan siempre su mismo trato de consideración distinguida. A Rosita, la hija, que en la Habana es tenida por fea, la encontré agradable de aspecto, por la sencillez con que se compone. Ha tenido éxito en sus estudios de piano. Eusebio Adolfo había reunido a algunos compañeros suyos de estudios jurídicos (la señorita Isabel Ordex, los hijos de D. Rafael Montoro y otros) para hacer ejercicios oratorios. En realidad lo hacen mal, y no escogen temas que les interesen personalmente, así es que no realizan otra cosa que hilvanar frases. Eusebio Adolfo me pidió que les expusiera algunas ideas filosóficas para improvisar sobre ellas: les hablé de la noción de ley natural, según Boutroux, y él se puso entonces a defender la noción de necesidad: vi que no había pensado ni estudiado nada sobre el particular desde el día que hablé con él.

Max toma parte en la política a favor de la candidatura de Eusebio Hernández, para sostener la cual se quiere fundar un periódico con el título de *Pro Cuba*. Sobre esta cuestión celebra reuniones con un grupo de jóvenes «hernandistas»: Tirso Mesa, sobrino de la esposa del Doctor, uno de los jóvenes más ricos de la Habana, casado con una de las muchachas de más prestigio social (Margarita Scull), educado en Cambridge y perito en vinos; el médico Domingo Ramos, premiado con viaje a Europa como «alumno eminente» de la Universidad de la Habana, dotado de figura muy distinguida; Luis Marino Pérez, bibliógrafo, educado en la Universidad de Michigan, donde estudió filosofía pero no pudo recibirse de doctor por falta del trabajo personal, no de cursos, que para eso se exige; el Doctor Gustavo Juan de los Reyes, Otto Bluhme —gente del mundo elegante— y el Dr. Tomeu, abogado. Este es el único que muestra aficiones intelectuales; ha leído mucho, y con interés; pero no parece tener mucho vuelo: la otra noche, hablando de Taine, vi que no había logrado definirse el criterio histórico del escritor, a pesar de que podía describir su procedimiento. Con algunos de estos y otros jóvenes he estado algunas noches en la célebre «acera del Louvre» (que en realidad es ahora los «portales» del Hotel Inglaterra), cuyo verdadero carácter no llegué a conocer en mi anterior permanencia en La Habana: es aquélla un salón de comentarios y risa, de «choteo», en suma, donde pocos están quietos en un solo lugar. Julio Ortiz, el amigo de Max, es allí popularísimo. Una de estas noches, el motivo del «choteo» era un cura que estaba sentado en la antesala del Hotel, por el simple hecho de ser cura y llevar faldas, como las llevan aquí. Y eso que aquí no hay problema religioso.

Esta tarde me llevó Max a visitar a Ascensión Tejera, la hija del poeta difunto, Diego Vicente, en el Vedado. Es sin duda «Chon» Tejera una mujer inteligente. Max dice que es notable consejera, aunque resuelve mal sus propios asuntos. Cantó con mucha «intención» o expresión —según los casos— Beethoven (*Adelaide*), Schubert (*La trucha*), Mozart, Schumann, Grieg, Reinaldo Hahn (*En sourdine*, de les *Chansons grises*, poesía de Verlaine), y, para lucimiento, *Bohemia* de Puccini.

Miércoles 26 de abril.

Hoy he hablado con buen número de cubanos «representativos»: Ezequiel García, con quien conversé largamente en *El Fígaro* y luego en un coche sobre la arquitectura en México, Cuba y Santo Domingo; Varona, muy amable y con recuerdo preciso de las cosas que a su interlocutor se refieren, pero quizás algo esquivo al principio; Fernando Sánchez de Fuentes; González Lanuza, verdadero torrente de conversación salpicada de observaciones y de cuentos. A éste me lo presentó Max al terminar la conferencia que dio sobre la inmunidad parlamentaria, en el local de la Unión Internacional de Dependientes. Estuvo Lanuza, como siempre, erudito y preciso. Hizo la historia de la inmunidad parlamentaria: sus orígenes ingleses bajo Enrique VIII; su evolución en Inglaterra; sus formas en las constituciones francesas, españolas, italiana y norteamericana; su significación en la Constitución de Cuba. Según él, y según la mejor doctrina, el carácter de representante del pueblo no exime, sino que suspende, la responsabilidad penal mientras dure el período de sesiones del Congreso o mientras éste no quite el fuero al representante acusado. La cuestión es de actualidad en Cuba por el caso reciente de Moleón, muerto por Sánchez Figueras, el cual no fue entregado por la Cámara (se dio carpetazo al asunto) y se halla ahora ausente del país.

Ezequiel García es también conversador. Cree en la necesidad de ser exigente en estos países donde las cosas intelectuales son objeto de compadrazgos y protecciones en cuanto toman la forma oficial, y asegura que, de seguir las cosas por los caminos poco serios por que van, estos países tendrán que desaparecer.

Después de la conferencia de González Lanuza estuve en el estreno de *Primavera en otoño* (de Martínez Sierra) en el Poli-Vandeville por una mala compañía en que figura Enriqueta Sierra como primera actriz. La obra es una tontería sentimental, puro «fabeleo».

Sábado 29 de abril.

Al fin me he decidido a hacer algunas visitas (lo que no pensaba hacer durante este viaje, en la Habana). Fui anteanoche a casa de Ramón Ca-

talá (a quien veo, individualmente, todos los días, en la redacción de *El Figaro*); anoche, a casa de la familia Arias, amiga de Max. La familia de Catalá, compuesta por su mujer, Juanita Orbea, su suegra y su hija Raquel, novia de Bernardo Barros, es culta y afable. No cabe duda de la superioridad mental y social de la mujer cubana sobre la mexicana.

He seguido yendo a la Universidad. La perspectiva me parece cada vez espléndida: la ciudad, resplandeciente de amarillo, azul, rojo, rosa, verde, blanco y gris; el Morro, recortado y azotado por las olas constantes, con su aspecto de tarjeta postal, como decía Bienvenido Iglesias; el mar, verde claro junto a la orilla, azul oscuro con pronunciadísimas sombras purpúreas más allá. Por el Oeste se divisan ya los campos, no muy ricos, precisamente porque son los más cercanos a la ciudad, pero admirables de línea y color.

He oído nuevamente clases de Varona, Desvernine y González Lanuza, y he asistido a las de Rodríguez Lendián y Adolfo Aragón. Rodríguez Lendián, ayer, no habló, sino que dio la palabra a un alumno, Arturo Fernández, encargado de hacer una conferencia sobre Wallenstein (la clase es de Historia universal). El alumno dijo de memoria su conferencia, escrita en estilo fácil y correcto: la exposición es bastante buena; la síntesis crítica fue mediana. Habla con buena entonación, aunque pronuncia mal los nombres extranjeros. A los alumnos gustó mucho la disertación.

Adolfo Aragón, en la clase de Literatura Latina, habló de César y Salustio. Tiene palabra fácil y mucha memoria. Conoce bien muchos detalles y expone buen número de ideas generales, aunque no se eleva mucho.

Oí a Desvernine hablar de testamentos y particiones. Para él la partición hecha en vida por el testador es una institución artificial, que aquí ofrece complicaciones en virtud de la herencia forzosa. Citó una teoría alemana que considera el testamento como mero «proyecto de acto jurídico» que sólo se convierte en acto verdadero al morir el testador.

Varona, en clase de moral, habló de las costas y de sus supervivencias (tales como el sacerdocio y la milicia) como elementos de alteración de la moral común: el militar, por ejemplo, se aparta de muchos conceptos de moral general. Dejó escapar una nota de escepticismo diciendo, hacia el final, que «nuestra civilización está prendida con alfileres»; pero agregó «hay que conspirar a que no se afloje sino se afiance».

Lanuza habló de la teoría del delito, y examinó la definición de Garofalo, de que es el hecho que atenta contra la moral media y las condiciones de vida social en un pueblo y una época determinados. Hizo verdaderos derroches de erudición, aunque siempre bien aplicada, nunca innecesaria. Creo que tienen razón los que le consideran como el catedrático más brillante de la Universidad.

Estuve un rato en el teatro grande del Politeama, donde «debutó» la compañía dramática de Francisco Fuentes con *La ráfaga*, de Bernstein. La compañía es tan mediana como lo fue siempre. Antes de llegar al teatro pasamos por la calle de San Rafael, que ofrecía un aspecto curioso por la multitud que en ella circulaba. Esta multitud que «boulevardea» acude allí a esa hora en virtud de una disposición legislativa, pudiera decirse: antiguamente, las tiendas de la Habana, abiertas desde temprano en las mañanas, continuaban abiertas por la noche hasta la hora que fijara la voluntad de cada dueño; pero, cuando se dictaron leyes sobre el trabajo, hace muy pocos años, se dispuso que las tiendas cerraran a las seis de la tarde, y sólo se permitía, como excepción, que abriesen de noche, hasta las diez, los sábados. La noche del sábado, pues, acuden los habaneros a hacer compras en las tiendas elegantes de Obispo y San Rafael. Los habaneros han tomado de aquí ocasión de fiesta, y los jóvenes acuden a pasearse por la calle mirando a las compradoras. Hasta han logrado, no sé cómo, que no pasen por allí coches a esas horas; de modo que la fiesta es completa, y la calle se vuelve salón, prolongación de la «Acera del Louvre».

Domingo 14 de mayo de 1911.

No he tenido vagar ni tampoco mucho deseo de escribir notas en la quincena transcurrida. Estoy ahora frente a la ciudad haitiana de Aux Cayes, a bordo del vapor francés «Abd-el-Kader», que me lleva de Santiago de Cuba a Santo Domingo. Va conmigo Camila. Salí de la Habana para Santiago el jueves 4, a las diez, por el Ferrocarril Central, y llegué el viernes 5 a las nueve y media de la noche. Después de mis últimas notas de la Habana no puedo decir que observé otra cosa sino personas.

El domingo 30 fui, con Julio Ortiz, a la famosa quinta de Rosalía Abreu, «Las Delicias», en Palatino, al terminar la Calzada del Cerro. Rosalía recibe los domingos. Julio Ortiz, que es su sobrino, tiene allí confianza; si bien no tuvo éxito en sus pretensiones a la mano de la hija de la casa, «Lilita», que ahora está en París, donde quizás se case con un nieto de Pasteur.

Al terminar la carrera del tranvía que recorre la Calzada del Cerro, uno de los automóviles de Rosalía espera a los visitantes; en él se atraviesa una calle del barrio llamado Palatino y se penetra poco después a la quinta, por una larga avenida de altísimas palmeras: el auto se lanza entonces a toda velocidad, y nos deja al fin en el pórtico de la casa. Las visitas no eran muchas: la familia de Julio Ortiz, el Dr. Octavio Ortiz Coffigny, médico, y su esposa Justina Casanova, con una niña, que entra

apenas en la adolescencia y ya con la obesidad propia de la familia, heredada sin duda de la madre, pues el Doctor es delgado; el escultor español Fernando Adelantado, con uno de los secretarios de la Legación Española en Cuba; José María Solano, que estuvo recientemente en México, como Secretario de la Legación Cubana; a última hora llegó un señor Dussag, francés rico. Por supuesto que en este grupo la personalidad más interesante es la misma Rosalía. Debe de tener cerca de cincuenta años; nunca ha sido hermosa, ni es, en rigor, un tipo distinguido, aunque se viste bien (aquel día estaba vestida de blanco, cubierto con punto negro); no es propiamente «cult», es decir, no ha tenido una educación ordenada, ni siquiera la disciplina de cultura que permite a la francesa, por ejemplo, terciar en toda conversación. Pero es inteligente; y con sus maneras francas, y su despreocupación, hace interesante su charla. Tiene, en suma, «personalidad». Ha viajado muchísimo, y todo lo ha visto y juzgado, por su cuenta (porque, aunque lee, no tiene nada de «libresco»). El pseudo-artista Adelantado se puso a desbarbar sobre Italia, y ella le contuvo, especialmente al tocar Venecia. «Venecia —le dijo— no es para gustada de primera impresión.» Declaró ella que los dos países por donde más había gustado de viajar son —cada uno a su modo— Italia y Egipto. De la Atenas moderna le gustó el aire de fiesta y charla con que se ve a las gentes, la gran semejanza con Cuba en ese aspecto. Tronó contra los que sólo visitan París, y en París sólo los cafés y lugares de baile; citó como ejemplo a su amigo el General Pino Guerra. Dijo que, si ella fuese gobierno y pensionara para estudiar, exigiría que el pensionado «hiciese» varias ciudades europeas, no una sola, que siempre resulta ser París.

Entre otros detalles de su conversación, habló de su amor por los animales: —los mamíferos, no las aves—, asegurando que todos pueden llevarse bien con el hombre, si éste les quiere y trata bien; habló también de Lola Tió, con quien dijo haber tenido hacía poco una larga conversación, como decía aquélla, «de alma a alma». Se declaró, por último, partidaria de la falda-pantalón.

Tipo muy diferente del de Rosalía es el de Justina Casanova, que pasa por ser una de las mujeres más cultas de la Habana. Esta conoce bien los idiomas y los libros, pero ha viajado mucho menos que Rosalía; habla bien, con elegancia y con «esprit», pero resulta «aliteratada».

La quinta no es tan maravillosa que justifique la fama extraordinaria que algunos le dan en la Habana. La casa es un «château» de poco estilo, de dos pisos, pero no muy extensa. El decorado interior es suntuoso, pero a veces algo pesado (especialmente los techos, los artesonados); hay salón estilo Luis XV, rincón oriental en la sala de billar y cosas por este tenor. El campo que rodea la quinta llama la atención por extenso y por la gran

variedad de plantas que hay allí. Hay un jardín versallesco, descendente; varios estanques, una capillita con «vitraux» en vez de imágenes. Tiene además Rosalía muchos animales diseminados en su posesión: guacamayos, osos y especialmente monos en gran número.

En la noche del mismo domingo fui a ver a Lola Tió. Habló mucho, como es su costumbre; noté que tiene un tino extraordinario en sus opiniones literarias. Declamó contra la ignorancia de la juventud cubana; llamó a Jesús Castellanos «la flor de la cima». «Y es —añadió— que en estas cosas se necesita la tradición, que ustedes tienen; y Jesús Castellanos viene de una familia en que hay literatos, siquiera no hayan sido distinguidos.» Definió a Varona como el único intelectual cubano que ha seguido paso a paso, escalón por escalón, una evolución ascendente. Sanguily, según ella, se ha abandonado. De los mexicanos elogió a Nervo y a Urbina y a Icaza.

Visité a la noche siguiente a las Billini —la pintora dominicana Adriana Billini y sus hermanas Amelia, Rosa y Pepa—, cada vez más viejas, pero siempre parlanchinas y amables. Su salón está concurrido generalmente por gente cursi, muchachas y jóvenes que ellas se encargan de casar, ya que no pueden casarse ellas mismas.

Concurrí todas las tardes a la redacción de *El Fígaro*, donde una «coterie» flotante comenta la vida intelectual de la Habana. Catalá, suprimida la sombra de Pichardo, se ha revelado hombre hábil —la verdadera fuerza del *Fígaro*— y ha desarrollado una peculiar aptitud de hacer frases. Es, entre los literatos de Cuba, el hombre que «define» con sus frases, como Acevedo en nuestro círculo de México. Varona va con frecuencia, pero por poco rato, a *El Fígaro*. Hablé con él sobre los estudios filosóficos en Cuba; se mostró pesimista respecto de la generación actual: dice que a sus clases no van, no atienden (bien que en Cuba la costumbre es no ir a las clases de la Universidad); que el curso de psicología es «un desastre»; que, en cambio, los hombres de su tiempo habían estudiado mucho: Sanguily, Montoro, Desvernine, Borrero... Confió en que las cosas cambiarían cuando se hubiera vuelto a alcanzar en Cuba la estabilidad económica de antes, y elogió a México como país donde siempre se había estudiado, donde existía una continuidad en el estudio de la filosofía. Me regaló dos obras suyas, colecciones de artículos: *Desde mi Belvedere* y *Mirando en torno*. El primero lo tengo leído desde muy atrás; el segundo contiene artículos sobre política cubana, escritos cuando la revolución de agosto de 1906.

A despedirme en la Habana para Santiago estuvieron Julio Ortiz, «Paco» Sierra, Joaquín Rodríguez Lanza (pianista joven y elegante, muy amigo de Max), y además Fran y María, con quienes comí esa noche, y Max.

Los ferrocarriles de Cuba no son tan malos como yo esperaba: me resultó cómodo el tren, aunque marcha muy despacio, por lo general a menos de un kilómetro por minuto. Los campos son muy llanos y muy verdes, pero la vegetación no es muy alta. La palmera se repite hasta el infinito. La vegetación se hace más espesa mientras más se avanza hacia Oriente; hay veces en que la «manigua» se ve prodigiosamente tupida. Otra característica del campo cubano es la quemazón continua, para perfeccionar las siembras (destruir maleza, sustituir pastos viejos con nuevos, y por el estilo); en la noche se ven a un mismo tiempo ocho o diez campos encendidos a la vez. Otro efecto curioso que vi fue el de un carro cargado de caña y brillante por la multitud de cocuyos que allí se albergaban. Los ingenios de azúcar, sin embargo, no están, sino por excepción, cerca del ferrocarril: ni lo necesitan, pues cada ingenio tiene su ferrocarril propio que se comunica con el Central.

En Santiago de Cuba no me esperaba nadie en la estación, porque el telegrama de aviso llegó junto conmigo, no sé si por descuido de Fran o por retardo de la oficina telegráfica. Encontré a papá en cama con fiebre, por lo cual no ha podido salir a ocupar su puesto de Ministro de Santo Domingo en Haití, donde va a arreglar la cuestión de límites; se levantó, sin embargo, dos días después, y volvió a trabajar. Las mujeres —Tivisita y Amalia— las encontré bien, aunque la primera está enferma, afectada de los riñones y el corazón, y necesita de inyecciones fortalecedoras todos los días. Tiene cuatro niños: los tres mayores, varones, acostumbrados al campo, viven en una agitación constante y metiendo un ruido atroz. Camila, casi de mi estatura y delgada relativamente. Con la familia vive —¿cuándo no?— un atlátere: mi primo Aristides Sócrates Nolasco, Aristides en la familia, «Sócrates Nolasco» por firma literaria. Se ha hecho literato en Santiago de Cuba; el resultado es que su talento natural —que tiende a la observación humorística— se ha desviado hacia la tontería romántica de la literatura provinciana. Tiene allí un círculo de jóvenes literatos, tan desorientados como él; sólo conocí a uno, que hace versos encrespados, de romanticismo tétrico y misantrópico, aunque en la vida privada es un joven sencillo y parlanchín: Fernando Torralva.

Entre gentes de más edad hay hombres de más cultura literaria, como «Ducazcal» (Joaquín Navarro Riera) y Alberto Doboy, el que estuvo en Santo Domingo. Los visité en las redacciones de sus respectivos periódicos, *El Cubano Libre* y *La Independencia*, este último copropiedad de Duboy y de los Ravelo, dominicanos.

También vi a Alejandro Woz y Gil, el ex presidente de Santo Domingo, «causeur» original. Yo no sé si lo ha leído todo o lo ha pensado todo; pero ello es que no hay cuestión que escape a su charla. Es un poco des-

cosido; nunca cita sus «autoridades», así es que todo lo dice como suyo; y con su defecto de no completar muchos párrafos, hay veces en que se hace difícil seguirle. Conversé con él tres veces; dos de ellas en el Club San Carlos, el centro «aristocrático» de Santiago de Cuba. Allí se reúne especialmente con jóvenes, de quienes dice que aprende más que de los viejos, aunque no sé a punto fijo qué cosa pueda aprender de los jóvenes con quienes me presentó: gente que ha leído cosas malas, que no ha entendido lo bueno, y cuya única cualidad es la buena fe.

La ciudad de Santiago de Cuba tiene tan escaso interés, en punto de estilo arquitectónico, como la Habana; pero es igualmente pintoresca, llena de colores, más curiosa, porque es toda cuevas. En ella subsiste, mejor que en la capital, la «casa cubana», con sus antiguas condiciones de amplitud, ventilación y luz. La casa de mi padre corresponde a ese tipo: es de un piso por el frente, pero en el patio tiene un piso más, al cual se sube por una escalera de madera, techada de zinc, situada en el medio del jardín; en éste hay árboles, enredaderas y jaulas con pájaros. Todos los departamentos de la casa son amplios y altos; no hay zaguán, así es que todo pasa por la sala (el coche no se tiene allí, naturalmente, sino en la cochera aparte); tampoco hay comedor: se come en la galería del patio.

Lunes 15 de mayo.

En estos momentos —las diez y media de la mañana— el «Abd-el-Kader» sale de Jacmel. La bahía es pequeña, pero muy abrigada, por su forma semicircular, aunque, claro está, no llega a la seguridad de las bahías de la Habana y Santiago de Cuba.

Las tierras de Haití («tierra alta» en Los Cayos) tienen su carácter peculiar: montañosas y pobladas de vegetación, más que la tierra de Cuba. En la misma noche del día en que salimos de Santiago comenzó a verse la tierra de Haití: me asombró su altura, por lo raro que resulta ver desde el mar tan gran línea de montaña. En las rocas de la costa abunda la piedra caliza: así es que se da el curioso efecto de ver manchas blancas entre la vegetación, más espesa que la de Cuba.

Las ciudades haitianas que ahora vi resultan pintorescas (Aux Cayes —Los Cayos—, Jacmel), especialmente Jacmel, muy pequeña, edificada sobre cuevas, entre palmeras, y con abundancia de casitas de estilo de «chalets» suizos, con tejados rojos.

Pero lo más asombroso es el Mar Caribe, por la increíble cantidad de tonos con que aparece: desde púrpura y rojo hasta los verdes y azules más pálidos.

A bordo va un grupo heterogéneo de gentes: dos mujeres de teatro, una de ellas argentina, «Alina Lina», culta y amable, conoce bien el fran-

cés, el inglés y el italiano y, lo que es aún más raro, el castellano, habla con facilidad de tono y proclama las superioridades de la Argentina, excepto en el manejo del idioma; la otra, una española más vieja, «la Morenita», inculta y tonta, que no habla sino de París y en francés, aunque francés pésimo; un comisionista español, joven, de apellido Ramos, enamorado de México (único país, dice, por el que siente nostalgia); un brasileño, Nogueira, poseído por la manía de viajar, y extraordinariamente obtuso: diríase que está hecho para confirmar la mala fama de la raza portuguesa; y un dominicano, Oscar Ortiz, de los favoritos del actual gobierno, muy inculto pero lleno de la malicia dominicana: un dominicano típico.

Miércoles 17 de mayo.

Ayer por la mañana llegamos a Santo Domingo. El vapor no entró —aunque en Cuba se anuncia que entra— en el río Ozama, y hubimos de bajar en bote, en la rada (el Placer de los Estudios), agitadoísimo, con la lluvia de la noche anterior. Aunque he salido poco, puedo decir que ya me he dado cuenta nuevamente de la ciudad. Las calles han mejorado (las del centro están niveladas, y hay alcantarillas), hay un buen número de casas nuevas — estilos a veces extravagantes, a veces sencillos, como las de la Habana— y subsisten las casas viejas pintadas de colores, al modo antillano. No queda gran cosa de arquitectura vieja —menos de la que yo esperaba—, pero sí hay cosas interesantes. El detalle más notable de ornamentación antigua es el de la «Casa del Cordón». Hay muchos árboles: desde el mar la ciudad se ve envuelta en árboles y rodeada de vegetación. Pero lo que da aspecto pobre a la ciudad es la poca altura de las casas, que rara vez, cuando son de un piso, pasan de cinco metros de altura.

Miércoles 24 de mayo.

La semana ha transcurrido entre intervalos de lluvia y de sol: en los segundos hemos recibido (aquí en la casa de mi abuela materna y de mi tía Ramona) multitud de visitas, desde el primer día: mi tío Ildefonso Henríquez y Carvajal; su hijo Noel Henríquez Sánchez, que comienza a hacer versos; sus hijas Sofía y Clemencia; mi tío Daniel Henríquez y Carvajal; su hija Clotilde Henríquez, viuda de Rodríguez, con sus tres hijos: Celeste, Lila y Francisco Manuel; mis tías Adelina y Mercedes Henríquez y Carvajal; Luisa María Henríquez Valverde, hija de mi difunto primo Medardo; mi tía Clotilde Henríquez de García, con sus hijos Flérida y Carlos Manuel, y la medio hermana de ellos, Matilde García; mis primos Porfirio, Federico Noel, Luz, Carmela y Carmita Henríquez García; mi prima Julia Henríquez, viuda de Peña, con su hija Carmitina; varios pa-

rientes por el lado materno: mi madrina Valentina Díaz de Morales con su hija adoptiva María Lazcano; María Antonia López de Heredia y su hija María Eleonora; Pedro Ureña y sus hijos pequeños Vicente, Pedro y Altagracia; Mercedes Echenique Peláez y su sobrina Mercedes Echenique Batista; las maestras del antiguo «Instituto de Señoritas», Leonor Feltz y Ana Josefa Puello (ésta con su tía Francisca); el abogado y magistrado don Manuel González Marrero y su hija Consuelo; mi prima Consuelo Pellerano y Carvajal; don Jaime R. Vidal y su hija Josefa, reina de los últimos Juegos Florales; Vitalina Hernández de Castro, esposa del joven abogado que tiene hoy a su cargo el antiguo despacho de mi primo Enrique Henríquez; don Maximiliano C. Grullón; su hermano Arturo, doctor en medicina de la Facultad de París; Manuela Peinado, viuda de Peinado; su hijo el abogado Jacinto B. Peinado, familiarmente Mozo; Raúl Abreu, pariente mío lejano y director de la revista *La Cuna de América*; Valentín Giró, poeta, director de la revista *Osiris*; dos primos, hijos de hermanas naturales de mi madre, Juan Bautista Luque y Ariza y Félix María Guzmán y Ariza; Asunción Troncoso, viuda de Frier, y sus nietos Julio Ortega Frier y Mercedes Laura Ortega de Hernández; Arquímedes Cruz y Juan Bautista Lamarche, jóvenes que escriben versos; mi prima Clotilde Henríquez de Menéndez con una de sus hijas pequeñas; Edmundo Lluberres, a nombre de sus padres don Pedro Lluberres y doña Aguedita Savinón; mi primo José Marino Henríquez Moreno; Mariano Heredia y Mendoza, el esposo de María Antonieta López Ureña, y otros más.

Martes 30 de mayo.

Mi padre llegó el viernes 26, para recibir instrucciones sobre su misión diplomática en el asunto de Haití. De entonces acá las visitas se han multiplicado, hasta el punto de que no haya casi momentos de soledad en la casa.

Yo he salido a hacer algunas visitas: la casa de mi tío Federico y su segunda esposa Luisa Ozema Pellerano; la casa de sus hijas del primer matrimonio; las de mi tío Daniel Henríquez y Carvajal, de sus hijas Elena Henríquez, viuda de Pou, y Clotilde Henríquez de Menéndez; de Altagracia Díaz, viuda de mi abuelo Noel Henríquez, de quien fue tercera esposa; de mi madrina Valentina Díaz; de su hermana María Nicomedes; de Mercedes Echenique; de su cuñado Gerardo de Marchena; de la maestra normal Encarnación Suazo de Abreu; de Bienvenido Iglesias, grande amigo mío en la Habana; de Manuela Peinado; de Rosa Frier, viuda de Perdomo; de Antonia Frier, viuda de Ortega; de Filomena Peláez de Hansen; de mi tía Clotilde Henríquez de García; de mi prima Julia Henríquez, viuda de Peña; del Dr. Rodolfo Coiscou; de las hijas de don Santiago de

Castro; de Luisa Vos; las redacciones del *Listín Diario* y de *Blanco y Negro*. He visitado principalmente el «Salón Goncourt» de Leonor y Clementina Feltz, donde hemos hecho lecturas de Oscar Wilde y Edith Wharton; y concurro al Club Unión y al Casino de la Juventud.

He recibido otras visitas hechas personalmente a mí, tales como la del Dr. José Lamarche. Este es un hombre de alta cultura, pero extravagante; se halla a sus anchas en el orden puramente teórico y fracasa en el orden práctico; es, según mi padre, el mejor jurista y el peor abogado de Santo Domingo.

Sábado 3 de junio.

He salido a pasear en automóvil, hasta Jaina (dieciséis kilómetros), invitado, primero con Camila y mi tía Ramona, por Mercedes Echenique Peláez, y después por Valentín Geró y mis primos Federico Noel Henríquez García y Noel Henríquez Sánchez. La carretera es excelente, y ha costado muy barato (unos 150.000 dollars); desde ella se divisan campos, poblados de vegetación, la típica vegetación tropical.

He visitado la tumba de mi madre, en la Iglesia de las Mercedes; y además otras iglesias: la Catedral y la del ex Convento Dominico. Hay excelentes altares, y algo bueno en «santos de palo» y algunas admirables pinturas antiguas, especialmente la Virgen de la Antigua y el Cristo de la capilla bautismal, en la Catedral.

He hecho pocas visitas en estos días, pero largas algunas: ayer comimos en la casa de mi tía Clotilde Henríquez de García, y hoy en la casa de mi tío Salvador Henríquez y Carvajal. Más brevemente he visitado a mi primo Porfirio Henríquez García, a mi tío Ildefonso Henríquez y Carvajal y a las Puello. He estado también, en parques y cafés, con «la juventud literaria», un grupo de gente ruidosa y quisquillosa, formado por Rafael Damirón, Arturo Logroño, Arquímedes Cruz, Arturo Freites Roque, Luis Armando Abreu, O. Vigil Díaz, Primitivo Herrera, Fernando Arturo Garrido, Juan Bautista Lamarche, Julio A. Piñeiro, Fernando Arturo Pellerano, Enrique Aguiar, y mi primo Noel. Es una juventud que quizás tenga más talento literario que la de Cuba, pero tiene todavía menos cultura que aquélla.